

Celebrando la futura paz mundial: dos utopías ceremoniales



Nota introductoria de Mariano Martín Rodríguez

© Mariano Martín Rodríguez, por la introducción, 2020

La ficción utópica, especialmente la *eutopía*, en la que se presenta un ordenamiento humano postulado como positivo, suele plantear un problema literario de no fácil resolución. ¿Cómo retener la atención del lector cuando el discurso retórico predominante es el descriptivo porque, en virtud de la lógica, la perfección eutópica no admite alteraciones, que la contradirían? Una vez alcanzada la mejor organización posible de la sociedad humana, se supone que cesa también toda transformación. La perfección no es mejorable y, sin cambios, no es posible narración alguna. A diferencia de la antiutopía/distopía, en la que la imperfección social absoluta da pie a una rebelión más o menos amplia que desencadena una serie de acontecimientos y, por consiguiente, una historia que se puede contar, en la eutopía pura solo cabe levantar acta del estado perfecto alcanzado, describiéndolo. ¿Cómo evitar entonces el riesgo de monotonía que acecha a toda descripción extensa, sobre todo si el paisaje social descrito solo tiene luces, sin sombras que introduzcan variedad y contraste? Muchos utopistas, ya desde Thomas Morus, han confiado con éxito en la atracción de lo exótico al pintar sociedades cuyas costumbres y funcionamiento diferían tanto del de su mundo real coetáneo que la descripción podía explotar el sentido de la maravilla derivado de la otredad imaginada. Por desgracia, este procedimiento no parece funcionar demasiado bien si la eutopía descrita es el resultado conjetural de la adopción, en ese mundo real, de una serie de medidas sociales y políticas que se proponen más o menos expresamente en el texto. La sociedad

futura no es entonces sustancialmente diferente a la actual; simplemente, se ha mejorado esta de acuerdo con unos criterios racionales. Poco margen queda entonces para el exotismo y la fantasía. Sin embargo, esto no tiene por qué condenar a la eutopía de anticipación a ser un didáctico espectáculo de perfecciones en las que se suele insistir hasta el hartazgo. La brevedad puede preservar del aburrimiento, sobre todo si sabe recurrir a la sinécdoque. La descripción de una parte, incluso pequeña, puede dar idea del todo, cuya reconstrucción se confía así a la fantasía especulativa y racional de los lectores. A falta de sentido de la maravilla, la obra así planeada puede ganar en fuerza sugestiva, y también en poesía.

Como buena ilustración de este procedimiento, cabe recordar un texto que es, de hecho, poético o, al menos, eso señala su escritura versificada. Se trata de un breve poema de Teófilo Braga (1843-1924) titulado «Visão da Confraternidade» [*Visión de la Confraternidad*], incluido en otro llamado «Graça e amor» [Gracia y amor], que es, a su vez, uno de los que constituyen, en conjunto, su extensa epopeya episódica *Visão dos tempos* [*Visión de los tiempos*] (1894-1895)¹. La estructura de la obra completa es semejante a la de *La lé-*

¹ La traducción que figura a continuación se basa en la edición siguiente: Teófilo Braga, «Visão da Confraternidade», *Visão dos tempos*, tomo III [Ciclo da luta (Régimen católico-feudal)], Porto, Livraria Internacional de Ernesto Chardron, 1895, pp. 35-36. Como la obra no se ha reeditado nunca, ni tampoco se ha puesto en línea, el texto original portugués figura como apéndice, con la ortografía modernizada.



Celebrando la futura paz mundial: dos utopías ceremoniales

gende des siècles [La leyenda de los siglos] (1859-1877-1883), de Victor Hugo. Braga fue escribiendo diversos poemas épicos de extensión variable y publicándolos en distintos volúmenes hasta conformar en la edición definitiva en varios tomos una historia poética de la humanidad escrita a la manera romántica victorhuguesa, pero siguiendo a rajatabla un esquema comtiano, desde la Prehistoria («Os séculos mudos» [Los siglos mudos], poema publicado por primera vez en *Miragens seculares* [Espejismos seculares] en 1884, es decir, en una fecha muy temprana en la evolución de ese género de ficción arqueocientífica) hasta la época contemporánea del autor. Dado este planteamiento positivista, y pese a la presencia de varios poemas de asunto mitológico, Braga evita en general los elementos fabulosos y especulativos, salvo en algunos poemas intercalados. Es el caso de «A submersão da Atlântida» [La sumersión de la Atlántida], que es la narración del mito correspondiente hecha por unos sacerdotes egipcios a Solón en el marco del poema «A quimera opressiva» [La quimera opresiva], incluido en la versión definitiva de la epopeya. También es el caso de «Visão da Confraternidade», pues se trata de la visión de un porvenir de fraternidad que tiene Pablo de Tarso en Roma, la urbe cruel a la que ha llegado en su misión de predicación de la «gracia» y el «amor» cristianos. La visión está separada tipográficamente del resto del poema y tiene su propio título, lo que confirma su plena autonomía, que su contenido confirma. No hay apenas nada en él que lo ligue directamente ni a la Antigüedad ni a la persona de aquel santo cristiano. Su mundo ficcional está situado en un futuro tanto respecto a este como al propio Braga, y el tenor de su utopía es íntegramente laico. No es una ciudad de Dios, sino de los hombres, aunque coincidan en lo que respecta a la universalidad de su idea irénica.

En el poema utópico de Braga se describe el lugar y las ceremonias de celebración de la

paz mundial finalmente conseguida. En un anfiteatro inmenso y abarrotado de ciudadanos entusiastas, un guerrero rompe su espada en un altar y jura, en nombre de la humanidad, renunciar a la guerra y defender hasta la muerte la libertad y la Confraternidad, que parece ser una nueva organización del planeta, más que un mero concepto, a diferencia de la ideal fraternidad revolucionaria. Esta Confraternidad parece ser una especie de federación humana liberal que respetaría la existencia de comunidades subsidiarias, tales como las naciones. Braga era, como otros positivistas románticos, un nacionalista integrador, esto es, combinaba un patriotismo extremo con un cosmopolitismo constructivo. El fortalecimiento de la propia nación debía ser no solo compatible con la solidaridad con las demás naciones, sino también dirigirse a su progresiva composición modular, uniéndolas pero no fundiéndolas en un conjunto homogéneo. El pacifismo de Braga parece ser, pues, de tipo federativo y no imperial, tal como sugiere el poema sugiere sin necesidad de didácticas reiteraciones, al tiempo que las imágenes dan a entender diversos rasgos eutópicos de aquella sociedad. Por ejemplo, la unanimidad que exige toda sociedad supuestamente perfecta se expresa metafóricamente mediante las reacciones del público, lo mismo que la mutación moral que ha posibilitado el advenimiento de la Confraternidad: la paz se ha alcanzado porque el ser humano ha dejado de admirar la violencia, tal como indica la afirmación de que nadie espera ya un espectáculo cruel como las luchas de fieras que se libraban en los anfiteatros del imperio romano. Esta alusión, expresada con una frase cuyo complejo hipérbaton subraya retóricamente su importancia, liga indirectamente el universo del poema al de su marco narrativo y, al mismo tiempo, da idea del progreso ético registrado. No ya los reos arrojados a los leones, sino hasta el sufrimiento y el combate entre animales se han suprimido como método sustitutivo de satisfacción del instinto



Celebrando la futura paz mundial: dos utopías ceremoniales

humano de violencia, que en el futuro conjeturado por Braga sería cosa de un pasado con el que se ha roto, como se ha roto la espada de la guerra en la ceremonia descrita, que cabe entender como símbolo del nuevo orden que se iniciaría con ella y que la evolución moral de la humanidad hace creer que durará.

El optimismo de Braga contrasta con la actitud ambigua con que se presenta el ideal pacifista en una narración que, sin cuestionar directamente la existencia de la eutopía futura, sugiere que su consecución es dudosa. Como el propio título indica, «La Fête de la Paix» [*La Fiesta de la Paz*], recogida en el volumen *En ce monde ou dans l'autre* [En este mundo o en el otro] (1903)², de Édouard Ducoté (1870-1929), coincide con el poema de Braga en ser básicamente la descripción de una grandiosa ceremonia de celebración de la paz mundial. El texto adopta el discurso historiográfico, que se caracteriza por la narración descriptiva de unos hechos externos que se ofrecen como sucedidos realmente. Aunque sean claramente ficticios (por ejemplo, la Fiesta de la Paz solo podría tener lugar en un hipotético futuro y, por lo tanto, su historia solo puede ser ficcional), el empleo de ese discurso postula lúdicamente una historicidad objetiva, en la que se funda retóricamente la verosimilitud de lo descrito, que ya no es una visión poética, sino algo que se supone que ha ocurrido ya. «La Fête de la Paix» es, pues, una *fictohistoria*, cuyo logrado efecto de realidad se alcanza, entre otras cosas, mediante una exposición muy rica en detalles, tanto relativos a la ambientación como al desarrollo de la ceremonia, sin olvidar informaciones más o menos anecdóticas (por ejemplo, la identidad de la joven que personifica a la Paz), pero que confieren a la historia la cercanía de lo cotidiano.

² La traducción se basa en la edición siguiente, que se puede leer en línea (por ejemplo, en Gallica): Édouard Ducoté, «La Fête de la Paix», *En ce monde ou dans l'autre*, Paris, Bibliothèque Internationale d'Édition, 1904, pp. 113-129.

Esta riqueza de pormenores disimula el hecho de que, en resumidas cuentas, poco se indica sobre el funcionamiento de la sociedad eutópicamente pacífica. Diversas explicaciones, más bien someras, indican que la paz sucede a un proceso de unificación política y social. París es la capital del mundo, y a diferencia de la utopía de Braga, tal unificación parece haber facilitado un proceso creciente de uniformización de indumentarias, costumbres e, incluso, idiomas. Es de imaginar que tal tendencia a la fusión cultural de la humanidad proseguirá en el mundo en paz, pero esta eutopía se nos ofrece en ciernes. La Fiesta de la Paz marca su inicio con la destrucción de un montón de armas de todas las épocas durante la ceremonia, que adquiere así un valor simbólico semejante al de la fiesta de la Confraternidad. En ambas ficciones de anticipación, es la ceremonia la que genera así, como sinécdoque, un universo eutópico entero que representa la futura realización sugerida de los ideales pacifistas de tipo kantiano a escala del planeta. Sin embargo, Ducoté los niega implícitamente al describir la violencia que se desata, por motivos nimios, entre una buena parte de los asistentes, cuyas peleas se agravan por la percepción de la otredad como algo que se debe combatir. Las diferencias, reales o percibidas, provocan una diferenciación de las personas en grupos distintos y enfrentados. Es irónico que esto se produzca en el mismo momento y en el mismo sitio en que se celebra que la humanidad ha quedado unida por fin. La reyerta popular y espontánea sugiere que no será demasiado definitiva esa paz cuando aún no se han superado las querencias comunitarias exclusivistas de los individuos. El pesimismo antropológico del que hace gala Ducoté cuestiona la eutopía desde dentro. Aunque se realice algún día, ¿acabará con los instintos territoriales y violentamente represores e intolerantes del ser humano de ambos sexos? En «La Fête de la Paix» no ha ocurrido así, y el cambio político parece haber precedido al antropológico,



Celebrando la futura paz mundial: dos utopías ceremoniales

al contrario que en «Visão da Confraternidade». Por eso, esta es una eutopía plena, mientras que la de Ducoté es problemática y ambigua, aunque la diferencia entre ellas obedece a un planteamiento en gran medida similar, tanto desde el punto de vista filosófico como literario. Su reflexión sobre la paz obedece a premisas análogas y se traduce en

un proceso político casi idéntico, mientras que su pertenencia a géneros discursivos distintos, la épica y la (ficto)historia, se superpone a la elección por ambos autores de un procedimiento de resolución parecido, a través del símbolo sugerente o irónico, del problema del ingenuo didactismo que aqueja a tanta escritura eutópica de anticipación, pacifista o no.

Teófilo Braga

Visión de la Confraternidad

© Mariano Martín Rodríguez, por la traducción, 2020

Había un campo extenso y plano, rodeado de montículos de tierra y excavado en el centro como un amplio anfiteatro o una inmensa bacia. En el medio, se alzaba un gran altar sobre escalones. ¡De cierto que no era un Coliseo! ¡Mas alcanza las dimensiones de un Circo donde cabría Roma! ¿Quién espera ver allí los leones de África en lucha arrojarse sobre la pantera de la India? ¡Nadie! La multitud compacta se esparce, agitando en el aire la oriflama triunfal; marcha solemnemente en efusión de paz con las blancas banderas, como si saliesen del bátraco, rotas las cadenas de la esclavitud. Camina hacia el grande y enorme anfiteatro; lleva entre cánticos a los ancianos, a los niños; hombres y mujeres avanzan bailando festivamente; las clases sociales, humildes, potentados, obreros fabriles, campesinos, militares, siguen en un torrente indomable, denso. Atraviesa los tres vanos de un Arco imponente, del Arco del Triunfo, en cuya gigantesca fachada figura grabada la sublime inscripción:

*¡Los derechos humanos,
siglos llevaban en el olvido!
Pero, restaurados,
íntegros los recupere la humanidad.*

Cuando esa fila ingente entró en el campo abierto, sonó un concierto triunfante en la amplitud; en las laderas hay millones de espectadores, Grupos, Patrias, Naciones con colores distintivos. Una expansión alegre iluminaba los rostros de cuantos habían acudido dispuestos a la Concordia. ¿Qué hazaña grandiosa o alto pensamiento celebra la singular, enorme asamblea? Es la conmemoración de la Pascua nacional, que consagra solemnemente la liga fraterna con que fue lanzado a tierra, por impulso unánime, un Símbolo audaz del Arbitrio del pasado.

He aquí el momento de la fiesta que se aclama con júbilo: la oriflama se yergue sobre el Altar cuadrado, y un guerrero, que sube lentamente los escalones, desenvaina su espada a la vista de la gente y la deposita en el Altar, declarando: «Presto juramento a la Fraternidad, defendiendo con ella la Patria, la libertad; y proclamo ante el cielo, y a la vista de este pueblo, la renuncia a toda empresa de conquista».

Los himnos marciales atronaron en los aires. ¡Alegría sin fin! Se abrazaban en parejas, conmovidos por una emoción simpática, tan fuerte, en la ardiente exaltación del increíble entusiasmo, jurando por la vida, por la muerte y por la libertad el pacto social de la Confraternidad.

Édouard Ducoté

La fiesta de la paz

© Ricardo Muñoz Nafría, por la traducción, 2020

Las naciones se habían confederado. Ya no había sobre la tierra hermanos enemigos: ninguna frontera separaba ya a los pueblos; se habían mezclado todas las razas. Se había proclamado la paz universal.

En París, la capital del mundo, se alzaba un radiante sol de junio, y ascendía por el cielo como la diadema de oro que debía coronar la ciudad en una apoteosis mágica. Era el día señalado para la celebración de una fiesta única en los fastos de la humanidad, y no había aldea perdida, de un polo al otro, cuyos habitantes no se sumaran, en cierta medida, a estos festejos magníficos.

Para la Fiesta de la Paz, la ciudad se había despertado bajo guirnaldas y empavesados. En las ventanas ondeaban oriflamas; en los balcones pendían colgaduras; sobre las calles se extendían toldos; pórticos enmarcaban las plazas; se erigían mástiles, arcos de triunfo. No se habían escatimado el terciopelo púrpura, las cenefas, el estuco, la chapa y el cartón pintado.

Y ya, a primeras horas de la mañana, el gentío se esparcía fuera de las casas, abultado por la masa popular que no había encontrado alojamiento en la capital y que, proveniente de todas las provincias, había tenido que pasar la noche en las huertas o en las localidades más cercanas. Delegados, manifestantes, curiosos, las estaciones los vomitaban en una marea ininterrumpida. Parecía que, pronto, París resultaría demasiado angosto para darles cabida y que reventarían sus murallas.

Se reconocía, al codearse, a los tipos marcados con el sello secular de los orígenes. A pesar de las fusiones ya lejanas, todavía no se habían eliminado las señales distintivas de las razas y, hasta en el caso de los individuos nacidos sobre el mismo suelo y bajo un mismo clima, subsistían los caracteres locales. El

normando seguía siendo diferente del gascón; el eslavo, del latino. El reino de la fraternidad no había ni redondeado el ojo rasgado del chino ni blanqueado la tez del africano. El meridional seguía siendo efusivo; el germano, pesado; el oriental, indolente. El judío era inalterable. Y, sin embargo, por la cercanía fácil y familiar, resultaba comprensible que se habían pulido las esquinas y que, a pesar de los contrastes, todos estos seres habían renunciado a su individualidad propia y se borraban en la humanidad.

Las lenguas, sin estar totalmente confundidas en una sola, habían penetrado las unas en las otras lo suficiente como para que todo el mundo llegara a entenderse en una jeringuza variopinta y fluctuante.

(Es evidente que la evolución estaba todavía lejos de su término; ¡pero menudo camino se llevaba ya recorrido! Además, evitemos dirigir nuestras miradas hacia la conclusión de este paseo cuyos hitos celebran, como en este día, los hombres. Otras perspectivas igualmente desagradables se presentarían ante nuestros ojos. En efecto, o bien la evolución se adelantaría al enfriamiento total de la corteza terrestre y la imposibilidad del proceso conllevaría una regresión; o bien se apagaría primero el globo, ¡qué fracaso! Solo el optimista quiere esperar que las leyes de la armonía, introducidas por su espíritu en el universo, necesiten que todo termine lo mejor posible con una coincidencia maravillosa).

Esta multitud, venida un poco de todas partes, ya no adoptaba su carácter del antiguo acervo pintoresco de las costumbres nacionales. El uso de vestirse según el terruño propio se había perdido poco a poco, a medida que disminuía el espíritu local, y después el nacional. Cada uno llevaba la vestimenta de su condición; en un tiempo en el que todos aportan una contribución igual a la obra co-



Celebrando la futura paz mundial: dos utopías ceremoniales

mún, no resulta lícito a nadie adoptar un atuendo original.

A pesar de la afluencia inaudita, no había ninguna confusión, ningún bullicio. Cundía un aire de serenidad benevolente. Cada ciudadano experimentaba el orgullo de vivir un momento semejante. Reinaba una intensa alegría ante el porvenir asegurado; se pensaba en las angustias y las lágrimas evitadas. La gente se sentía buena y quería parecerlo. La cálida luz de esta hermosa mañana doraba los rostros y los pensamientos.

Y, en buen orden, todos aceptaban el lugar que les había sido asignado, a unos formar parte del cortejo y a otros presenciarlo. El pueblo se ofrecía a sí mismo como espectáculo.

La solemnidad consistía en un desfile de grupos elegidos de todos los sectores y en un sacrificio de armas en el altar de la Paz. La segunda mitad del programa ofrecía mayor interés y novedad que la primera, pero, por desgracia, resultaba imposible dar a todos la posibilidad de asistir, puesto que en París no existe ningún espacio lo suficientemente amplio como para dar cabida a sus habitantes. Se pensó un tiempo en celebrar la ceremonia en una planicie de los alrededores, pero ante la insuficiencia de los transportes, la complicación, el temor a los accidentes y al cansancio, hubo que renunciar a ello y resignarse a privar a una parte de la población del atractivo principal de la fiesta. La suerte designó a los cien mil privilegiados que podrían tomar asiento en el colosal anfiteatro en medio del cual se elevaba el altar de la Paz. No hubo, sin embargo, nadie descontento, puesto que los ciudadanos autolegisladores habían contribuido, todos en igualdad de condiciones, a esta resolución.

A mediodía se puso en marcha el cortejo. Debía transitar por una parte de los bulevares y, a lo largo de todo el recorrido, había tarimas abarrotadas, en las ventanas se enmarcaban apretadas las cabezas, los tejados

rebosaban de espectadores. La multitud miraba con un silencio de recogimiento.

A la cabeza caminaban niños, vestidos de blanco y coronados de flores; llevaban, colgada al cuello, una pequeña cesta llena de pétalos de rosa que lanzaban al viento; con su aguda voz cantaban un Himno a la Paz. A continuación, venía un grupo de muchachas y de chicos jóvenes que simbolizaban las distintas edades de la adolescencia y, como buenos estudiantes, sujetaban libros. Después estaban los panaderos con el pecho rayado de blanco y azul; luego, los albañiles pertrechados de paletas; seguidamente, los figurantes de cada oficio, con ambos sexos avanzando al lado en igualdad. Se veían rudas herreras con un martillo, carreteras blandiendo un látigo, mineras ennegrecidas, alcantarilleras con botas. Solo las cortesanas y las nodrizas formaban grupos unisexuales.

Avanzaban los hombres de letras, con el cabello largo y el cuello empolvado de caspa; el arquitecto portaba una escuadra y el boticario, su mortero; los carpinteros iban de terciopelo y los molineros, de estopa azul. Los carniceros, con el delantal levantado, tenían el afilador golpeteando sobre el muslo; los cavadores, la pala apoyada en el hombro. El filósofo llevaba en alto un cetro de bufón y el químico, una retorta. Todos los representantes de la actividad social se sucedían en filas alineadas, componiendo un ejército pacífico innumerable. Cada cierto espacio, para separar las secciones, había músicos tocando armonías religiosas.

Un crítico (siempre hay uno, incluso en las agrupaciones más benevolentes) expresó la opinión de que este desfile adoptaba un aire carnavalesco de costumbres obsoletas. «Por mucho que se diga que no hay oficio innoble —añadió—, más valdría que se vistiera a todo el mundo con un mismo uniforme». «¡Y, además, correspondería al Estado! —replicó un vecino conmovido por esta observación— ¡Por lo menos, así ya no habría sitio para la fantasía!».



Celebrando la futura paz mundial: dos utopías ceremoniales

Elegida por su nombre y su amplitud, desembarazada de sus estatuas nacionalistas, la plaza de la Concordia era el lugar donde desembocaba el cortejo, que llegaba para colocarse en torno al altar de la Paz. La habían rodeado de tribunas de hierro más altas que casas, y sobre ellas se apilaban cien mil espectadores. El anfiteatro, al que daban acceso por cada lado espaciosos vomitorios, se abría de par en par a la calle de la Fraternidad, anteriormente denominada Real, por donde se precipitaban los manifestantes. Hacia el Sena, en el extremo opuesto, un portal monumental de batientes cerrados dominaba la entrada del puente.

En la plaza, antes ocupada por el absurdo obelisco (luego utilizado), se elevaba el altar de la Paz. Se trataba de un extenso tablado engalanado con equipamiento militar, sostenido por afustes de cañón y rodeado de haces de armas. Una vez que todos los gremios estuvieran en posición en el circo, unos figurantes encenderían con sus antorchas el altar repleto de fajinas empapadas de petróleo; luego, rompiendo los haces, arrojarían las armas al incendio, en holocausto.

Pero el desfile se hacía interminable, y los asistentes, que no paraban de ver entrar gente en la plaza ya abarrotada, empezaban a impacientarse. Habían pasado toda la tarde recibiendo el sol en el cráneo, y tenían pocas ganas de esperar en ayunas durante parte de la noche. Para no entorpecer el efecto final de la ceremonia, no se habían encendido las farolas. La sombra se propagaba y ennegrecía.

Algunos protestatarios audaces dieron la señal, y pronto, como en el teatro cuando se demora la subida del telón, la gente empezó a dar golpes con el pie y a reclamar cadenciosamente el sacrificio. Las tribunas metálicas vibraban y resonaban; se produjo un estrépito ensordecedor. Y los propios participantes, fatigados por haber pateado los bulevares y permanecer parados ahora, sumaban sus voces a este concierto.

Entonces, los hombres encargados de

prender fuego al altar, se consultaron entre sí. El pueblo había decretado que su función comenzaría una vez que todo el cortejo hubiera llegado, pero, dado que el pueblo cambiaba sus órdenes, ¿por qué le iban a desobedecer ellos? Encendieron sus antorchas y las arrojaron sobre el altar. Brotó una larga llama. Y una aclamación formidable respondió a este fulgor, aclamación que tenía tanto de entusiasmo por el símbolo como de satisfacción por la conclusión de la espera. El aire se estremeció como sacudido por un trueno. Avisados por este clamor del grandioso momento en el que el fuego devoraba las malditas armas, últimos vestigios de la barbarie, todos los habitantes que no habían podido asistir al espectáculo se pusieron también a gritar y a recorrer las calles cantando, improvisando aquí y allá piras donde arrojaban los escasos restos guerreros que poseían, sables oxidados, carabinas de caza, revólveres y panoplias.

El frenesí poseía a algunos jóvenes, estimulados por las llamas y el ruido. Forzaban las tiendas de antigüedades y amontonaban en la acera ballestas, arcabuces, cascos, escudos, y piezas de bronce o de acero que, sin embargo, no podía pensarse en reducir a cenizas. También había quienes escapaban de los museos portando en brazos culebrinas y antiguos obuses, o quienes arrastraban armaduras completamente montadas.

En verdad, el auto de fe de las armas sobre el altar de la Paz era puramente emblemático. Hacía un mes que los cañones habían sido enviados a la fundición y que los equipamientos militares los utilizaban los servicios civiles. No se habían conservado más que algunos cientos de culatas de fusil de madera bien seca para alimentar la pira.

De repente, como si hubiera pasado la muerte súbita, el ruidoso y agitado anfiteatro se quedó inmóvil en el silencio, y no se oyeron sino los silbidos y las crepitaciones del incendio, que destacaban sobre el rumor confuso de la ciudad delirante. La puerta gigantesca se había abierto, y en un resplandor de proyec-



Celebrando la futura paz mundial: dos utopías ceremoniales

ciones luminosas apareció una carroza dorada arrastrada por un tiro de dieciséis caballos blancos llevados de la mano. En lo alto de la carroza, que recordaba a la vez a una torre y a un navío, había una mujer de pie, que alzaba sobre su frente una rama de olivo.

Ante tal aparición mágica, la sorpresa y la emoción embargaban los gaznates; un estremecimiento sagrado sacudía los corazones en los pechos. Parecía a los espectadores que la bella criatura, sonriente y desnuda bajo gasas transparentes, era realmente la Paz en persona bajada del cielo, esta noche, para asistir a la fiesta que se ofrecía aquí abajo en su honor. Pero también hubo pasión y deseo en los ojos clavados en esta belleza viviente. Pronto se acordaron de que la paz se llamaba Marie Copain y que, de oficio ordinario, era lavandera de ropa fina. Desde que había salido elegida por los comités de barrio, los periódicos estaban llenos de detalles sobre su persona.

Sin embargo, la carroza, que en principio debía dar una vuelta por la plaza, no podía avanzar. El tropel de peatones, engrosado sin cesar por los recién llegados, era impenetrable. Los caballos relincharon, cocearon, se encabritaron; la carroza se tambaleó y crujió. Algunas mujeres espantadas gritaron. Hubo que renunciar a dar un giro más de ruedas.

Así pues, la fiesta había concluido; en el humo del incendio se iban espaciando las llamaradas. Pero la gente permanecía como fascinada por la carroza barrida por proyecciones eléctricas. Una vez sosegada la primera emoción, el público aplaudía, saludaba, aclamaba a la Diosa que, muy a gusto, orgullosa de su hermoso cuerpo, se dejaba admirar y daba las gracias agitando la rama de olivo.

Los personajes que habían encabezado el desfile se habían visto empujados al final del todo de la plaza; estaban a los pies de la carroza y, alta la nariz, se felicitaban por su ventaja inesperada. Y fue entre ellos donde se produjo un percance, cuyas consecuencias resultarían desastrosas.

¿Cuál fue el percance en sí? Se cree que se sabe más o menos. Pero hemos de admitir que siempre se desconocerá su causa. Se le dieron luego tantas explicaciones que el historiador no se atreve a asumir la responsabilidad de elegir entre tal cúmulo. Los primeros culpables se han cuidado bien de no confesar y, en lo que respecta a los numerosos testigos, ninguno pudo aportar una versión que coincidiera, sumidos como estaban en la oscuridad bajo las proyecciones, apretados los unos contra los otros, en medio de un ruido pasmoso.

Había estallado una disputa, según parece, entre un carpintero y un panadero que representaban ahí a la flor y nata de los artesanos pacíficos. Si quisiéramos prestar oídos a las malas lenguas, expertas en chismes escandalosos, esta disputa habría nacido de comentarios más bien atrevidos que habría realizado el carpintero acerca de la Paz, a la que el panadero tenía sus motivos para hacer respetar como mujer. Sea como fuere, no cabe duda de que se intercambiaron epítetos malsonantes, después se alzaron los puños; el uno empujó al otro, que le devolvió el empujón, para disgusto de sus vecinos inmediatos, que, al tomar partido, cada uno a favor de su gremio, se vieron a su vez inmersos en la refriega. Los hombres de camiseta azul y blanca increparon (procuramos deducir las consecuencias de la hipótesis de la forma más lógica posible) a los que iban vestidos de terciopelo. Los niños con flores en la frente, sorprendidos en medio del alboroto, soltaron agudos alaridos que sembraron el espanto en las filas más alejadas, donde ya se hacía notar el vaivén de los combatientes. Algunas personas, prudentes, trataron de escabullirse, pero suscitaron protestas; resultaba imposible zafarse, y todo esfuerzo en este sentido se topaba con una resistencia contraria. Hubo mujeres que se desmayaron. La gente inofensiva acabó golpeada. La trifulca se extendía como una mancha de aceite; quienes recibían pisotones arremetían contra aquellos que les pisaban, muy a su pesar, y estos, contra otros.



Celebrando la futura paz mundial: dos utopías ceremoniales

Ciertos individuos que intervenían para calmar las peleas se veían obligados a luchar por su propia cuenta. Había quienes, contagiados, propinaban golpes sin saber por qué.

Una vez asentado el pánico, la muchedumbre perdía todo raciocinio y se abandonaba a su instinto furioso. Sentía su vida amenazada, la defendía, y no esperaba ni siquiera a tener motivos para defenderla. Los albañiles golpeaban con sus paletas; los orfeonistas, con sus instrumentos de cobre. Armados con su libro mayor, los contables aplastaban cráneos. Los carniceros clavaban su afilador en los intestinos. Una abogada, en un arrebato de locura, recitaba el código a voz en grito. Un cirujano arreaba con el bisturí en derredor. Las palas de los jardineros cercenaban. Brotaba la sangre y, al salpicar caliente en la cara, más de uno fue presa de una embriaguez homicida. Quien caía no se levantaba ya, pues era arrollado al momento. Con sus pisones, los empedradores machacaban a los tullidos. Se caminaba sobre carne elástica. Los gritos de dolor se mezclaban con súplicas, con quejidos lastimeros.

Tanto los hombres como las mujeres, cara a cara, con los dientes descubiertos, acompañaban el gesto con la invectiva. Las bocas desencajadas se escupían amenazas. Por la

vestimenta, por el aspecto, por el acento, se reconocían entre sí; se insultaban por su oficio, se reprochaban su origen, como si en las diferencias particulares de un individuo a otro hubiera habido un agravio suficiente para motivar el acto desesperado que iba a seguirse, fruto del miedo y de la demencia.

En las tribunas, por encima de los combatientes, se alteraban los espectadores. La mayoría de ellos, inquietos, se lanzaban a las salidas. Pero los ojos estaban cegados por haber soportado el resplandor de los rayos eléctricos y, en los oscuros vomitorios, nadie encontraba su camino. Allí también hubo empujones, gritos, golpes, una confusión aterrorizada.

—¡Viva la Paz! ¡Viva la Paz!

La aclamación ininterrumpida tapaba los ruidos de la batalla, todavía localizada en un rincón de la inmensa plaza. Al otro lado del anfiteatro, no se sospechaba nada. Todas las miradas se posaban fascinadas sobre la hermosa joven, que tendía su busto y sus ancas en lo alto de la carroza dorada. Las manos todavía aplaudían.

—¡Viva la Paz!

Y en el París iluminado, la multitud bailaba en torno a las hogueras, y los grupos de borrachos pasaban, fraternales, cantando a la unión definitiva de la humanidad.

Apéndice

Texto original de «Visión de la Confraternidad»

Teófilo Braga

Visão da Confraternidade

Era num campo extenso e plano, circundado
Pelos combros de terra, e ao centro escavado
Como amplo anfiteatro, ou imensa bacia;
No meio um grande Altar sobre degraus se erguia.
Por certo que não era um Coliseu! Eis toma
De um Circo as dimensões onde cabia Roma!
Da África os leões em luta quem espera
Ali vendo atirar-se á indiana pantera?
Ninguém! A multidão compacta se derrama,
Agitando no ar triunfal oriflama;
Em efusão de paz, com as brancas bandeiras
Solenemente vão, como se as gargalheiras
Rotas da escravidão saíssem do baratro.
Caminham para o grande e enorme anfiteatro;
Levam entre canções os velhos, as crianças,
Homens, mulheres vão numas festivas danças;
As classes sociais, humildes, potentados,
Operários fabris, camponeses, soldados,
Seguem numa torrente indomável, espessa;
Três entradas de um Arco imponente atravessa,
Do Arco de Triunfo, onde estava gravada
A sublime inscrição na gigante fachada:

*Os Direitos do Homem
Desde séculos já estavam esquecidos!
Mas restabelecidos,
Pela Humanidade inteiros se retomem.*

Quando essa fila ingente entrou no campo aberto,
Sooou pela amplidão um triunfal concerto;
Nas encostas estão milhões de espectadores,
Grupos, Pátrias, Nações com distintivas cores.
Uma expansão alegre alumiaava os rostos
De quantos ali vêm á Concórdia dispostos.
Quê feito generoso ou alto pensamento
Celebra o singular, o enorme ajuntamento?
É comemoração da páscoa nacional,



Celebrando la futura paz mundial: dos utopías ceremoniales

Consagrando solene a liga fraternal
Com que um Símbolo audaz de Arbítrio do passado
Por um impulso unânime em terra foi lançado.

Eis da festa o momento em júbilo se aclama;
Sobre o quadrado Altar é erguida a oriflama,
E um guerreiro subindo os degraus lentamente
Desembainha a espada á vista dessa gente,
Sobre o Altar a depôs: —Juro a Fraternidade,
Defendendo com ela a Pátria, a liberdade;
E proclamo ante o céu, e deste povo á vista,
A renúncia de toda a empresa de conquista—.

Os hinos marciais atroaram os ares;
Alegria sem fim! Abraçavam-se a pares,
Tocados de emoção simpática, bem forte,
Na ardente exaltação do incrível transporte,
Jurando pela vida e morte e liberdade
O pacto social da Confraternidade.